

PREGÓN PEÑAS ANDALUZAS DEL BARÇA

Mi afición al Barça viene de muchos años atrás. Como ustedes sabrán, yo soy natural de Villanueva de Córdoba.

Frente a nuestra casa vivía un señor de Castellón que, después de la Guerra Civil, se quedó y se casó con una mujer de Villanueva llamada Anita.

Él se llamaba Bienvenido Catalán y tenían tres hijos, a cuál más culé.

Ni qué decir tiene que en Villanueva era muy fácil ser del Real Madrid por aquello del club del régimen que gozaba de todos los parabienes del franquismo.

Lo difícil era ser del Barça, eso era otra cosa, eso era resistencia.

Pero era tanta la fe y la pasión que aquella familia le tenían al Barça, que yo no quería ser menos y me hice culé contra todo y contra todos.

Después llegó la televisión y el Real Madrid lo ganaba todo en España y en Europa. Una España estancada todavía en los años 50, una Catalunya machacada y una Europa que se estaba recuperando de la segunda Guerra Mundial y no estaba para mucho fútbol. Lo tuvieron muy fácil.

El Barça ganaba poco, lo tenía todo en contra, todavía recuerdo el penalti fantasma que pitó Guruceta, Dios lo tenga en su gloria, pero nosotros seguíamos esperando que cambiara la suerte.

Tenía el Barça en aquella época un gran portero cordobés: Miguel Reina, que nos dio grandes tardes de gloria. Hoy aún es concejal de deportes en nuestra Córdoba.

Debió ser por entonces que los niños veían cómo el Real Madrid lo ganaba todo y fueron haciéndose adultos y merengones.

Era la época de aquel eslogan, de aquella falacia, que llenó las paredes y los portones viejos de todos los pueblos y ciudades: "25 años de paz".

Y así nos llegó la hora de emigrar para podernos desarrollar como personas.

La emigración es el tributo más alto que puede pagar un ser humano por su pobreza y una sociedad por su miseria.

Emigrar supone la pérdida de tu espacio vital, la privación de afectos. Cuando te vas, dejas tras de ti parte de tu ser. Yo lo sufrí, y aún me duele.

¿Cuántas miradas sin retorno perdidas en los andenes de las estaciones de Europa? ¿Cuántos paisajes añorados desde los andamios de las grandes ciudades?

¿Cuánta miseria, cuánta nostalgia, cuántos sentimientos?

¿Cuántos encuentros postergados al aire de lo infinito?

¿Cuántos seres queridos sin poder ser amados?

En mi caso, yo emigré a Catalunya.

El objetivo era ganarnos la comida con nuestro trabajo.

Yo soy el segundo de una familia con cuatro hermanos que en el año 1967 llegamos a Santa Coloma de Gramenet.

Y entonces se produjo la fatídica paradoja que nos acompañará hasta el fin de nuestros días: por vivir en Catalunya y ser del Barça en Andalucía nos llamaban “los catalanes”, y en Catalunya éramos “los andaluces”. Esto produce una serie de sentimientos contradictorios difíciles de expresar y que afectan a toda la comunidad andaluza que reside en Catalunya y, hoy, todavía se sigue produciendo.

A poco de llegar a Catalunya me di cuenta de que había dos cosas que vertebraban en silencio a aquel pueblo en el que el franquismo se había cebado con extrema violencia intentando su aniquilación cultural: el catalán y el Barça.

El catalán, desconocido por mí en aquel momento, permanecía arraigado en sus gentes, era y es su seña de identidad, y el Barça era el altavoz que les proporcionaba la oportunidad de proclamar que seguían siendo un pueblo con vocación universal.

Por todo ello, en aquella época era mucho más fácil ser del Barça en Catalunya que en Andalucía. Si eras culé poco importaba tu origen, eras de los suyos.

En el año 1983 conocí a Gustavo Biosca a través de uno de sus hijos, César Biosca.

Un día me enseñó las instalaciones del Barça, la capilla, la sala de trofeos, el vestidor de los jugadores, el palco de las autoridades y me permitieron pisar el césped por primera vez.

Yo pensaba: “¿Hay algo más grande para un aficionado emigrante que vivir el barcelonismo en su propia sede?” Lo había soñado tantas veces que me sentí el hombre más feliz de la tierra.

Ahora la cosa ha cambiado. Nuestro Barça lo gana todo pero no humilla a nadie, gana jugando y enseñando a jugar.

Hoy, no somos plenamente conscientes, pero las generaciones siguientes disfrutaran del éxito de una manera de entender el fútbol y el deporte.

Ser del Barça es ser sencillo, ser uno más.

Es el orgullo de pertenecer a un Club que es mucho más que eso, que representa una manera de vivir. Es valorar al enemigo en su justa medida, es disfrutar de forma colectiva, es ayudar, es soñar, en definitiva es ser culé.

Es no temerle a nada y a nadie.

Ser del Barça es eso que solamente los culés sabemos apreciar.

Ser del Barça es ser consciente de que su afición y su pasión van mucho más allá de las fronteras de Catalunya.

El Barça está muy presente en Andalucía y el culé que asiste a los partidos en el Camp Nou es perfectamente consciente de ello.

Vuestra afición y vuestra pasión se hacen presentes en las gradas y en el palco.

Los equipos contrarios cuando saltan a ese césped son conscientes de que hay mucha más gente tras el equipo que la que está presente en el estadio. Y una gran parte de esta presencia está aquí en Andalucía, en mi Andalucía.

El Barça ha querido que hoy sea yo quien os cuente mi experiencia.

Un Barça que tiene un presidente que acude allá donde haya culés con un mismo sentimiento: amar y disfrutar de nuestro club y de su gente.

Sandro Rosell llegó al Barça lleno de ilusión y con muchas ganas de trabajar y darlo todo.

Sabía perfectamente cómo era el Barça y lo que necesitaba, sin ansias de protagonismo, dando a cada uno el lugar y protagonismo que se merece.

Nuestro Barça hoy no conoce límites ni en lo deportivo ni en lo social y eso lo ha conseguido, en gran parte, nuestro presidente desde que entró a formar parte de la directiva y ahora desde la presidencia.

Sandro lo tiene claro: en lo deportivo ganarlo todo convenciendo y en lo social ser el club más solidario de la capa de la tierra. Gracias, presidente, gracias culés, gracias gente del Barça, Visca el Barça, Viva Andalucía, Viva Catalunya.